



Imágenes peregrinas

Era como un viaje corto y silencioso de aquella representación de madera o escayola, de casa en casa, de hogar en hogar. Imagen que llevaba siempre ese bagaje de solemnidad humilde, entronizada en aquella caja con puertecillas laterales abatibles, y sujeta por su base a la peana interior de aquella capillita volante. Traía, quizá impregnados en las maderas del contenedor del santo, peticiones y ruegos de aquellos otros que lo tuvieron en sus hogares, pensamientos, flores interiores trasplantadas desde la reconditez del deseo. Había ese misticismo sedimentado por la costumbre, en aquellas rondas temporales constantes, en aquella pequeña parcela de las creencias sencillas, y del ruego insistente por la paz y el bienestar de cuantos estaban suscritos a esa constante y pausada procesión; con parada en la casa de cada uno de los adscritos, comprometido a ello en el tiempo predeterminado.

Cuando llegaba a cada uno de los hogares previstos, se colocaba en el lugar más idóneo, guardado de los golpes, entronizado de manera intuitiva y sorprendente, y se le colocaban las lamparillas de aceite, o las velas, ya previstas y puestas en orden al acontecimiento. Y naturalmente, quien la instalaba, le rezaba en la soledad propia de sus deseos y aspiraciones mientras duraba ese tiempo. Luego, más tarde, en el seno de la concentración familiar, después del yantar nocturno, algunas familias establecían un determinado rito de agasajo y prestación de homenaje al santo. Y digo santo, porque desde San Antonio de Padua, pasando por San Antón, hasta las de la Virgen en sus advocaciones del Carmen, de los Llanos, de Cortes, etc., había grupos o cofradías que realizaban este piadoso ejercicio. Generalmente en la parte trasera de la capilla, había una lista de todos los cofrades o penitentes que se habían inscrito para la tenencia en sus casas, de tal o cual imagen, y el tiempo estipulado. Y cada uno de ellos, la llevaba a la casa del siguiente, estableciéndose con ello una especie de rotación de conocimiento personal de todos los que componían el grupo.

Lógicamente, esta notoria costumbre de aquellos años del recuerdo, tiene las connotaciones propias de su antiquísima existencia. Ya en los tiempos de la prehistoria, el hombre necesitó tener algún tipo de representaciones para poder evolucionar en su sentimiento religioso, para poder justificarse ante lo invisible, estableciendo de manera connatural la posesión

de una imagen que determinase su creencia. De hecho han llegado hasta nosotros estatuillas del período auriñacense, que son mujeres exageradamente gordas y con el vientre abultado, como neta y clara representación de la Gran Diosa Madre, símbolo de la fecundidad. Aunque, con más concreción, los egipcios fueron los primeros en dar carácter de oficialidad y rito a las imágenes. Trataban a la estatua de un dios como si fuese un ser real, al que se le vestía, alimentaba, y se le dormía y despertaba en su santuario o pequeño panteón divino. Esta costumbre la exportaron hacia la ribera del Mediterráneo, siendo asumida por los babilónicos, hititas y cananeos. Los griegos esculpieron estatuas de sus dioses, con el mejor y más hermoso estilo

artístico, idealizándolos físicamente de una manera genial. Pragmáticamente, los romanos, también hicieron lo mismo, creando de manera singular los infinitos dioses y diosas de sus advocaciones particulares.

Las catacumbas romanas, lugares de reuniones clandestinas de los primeros cristianos, albergaron las primeras expresiones gráficas de la divinidad, que

consistían en la representación de peces, panes, cruces, etc., símbolos de la fe predicada por Cristo; también se pintaba en las paredes la imagen del Buen Pastor. Todos estos grafismos, ejecutados recatadamente, estaban destinados a despertar el sentido religioso, siguiendo las recomendaciones de los padres de la iglesia más influyentes del momento. Posteriormente, a partir del siglo III, la evolución del cristianismo favoreció un arte religioso que llenó las iglesias, basílicas y demás templos cristianos, de pinturas, relieves y esculturas de Cristo, la Virgen y los santos y mártires de la iglesia católica. Tal profusión de representaciones, hizo que durante los siglos VII y VIII surgiese una facción en contra del uso de las imágenes, dando lugar a definir lo que era una imagen sagrada, y lo que la diferenciaba del ídolo. Posteriormente se estableció el culto de *dulia*, como la única manera de reverenciar a las imágenes, ya que la *latría* es adoración propiamente dicha.

Desconozco si en la actualidad se sigue con aquella religiosa costumbre de llevar las imágenes casa por casa. Al fin y al cabo, era pródiga en relacionarse humanamente, caer un poco en esa necesaria comunicación con el prójimo, llevar un poco de idea espiritual y religiosa a cada miembro de la casa donde se quedaba por un tiempo la misma. Y sobre todo, lo que sí había en esa ruta de llevarla y traerla era respeto y veneración hacia algo que se olvida muy frecuentemente: Dios.

Desconozco si en la actualidad se sigue con la costumbre de llevar las imágenes casa por casa



Martín
Giménez
Vecina